

Jesús y el significado de su muerte (9/13)

Dr. Justo L. González



El Discípulo

Juan 12:23-28, 30-37, 42-43

2 de mayo

Jesús y el significado de su muerte (9 de 13)

Texto bíblico: Juan 12:23-28, 30-37, 42-43

Introducción:

Los acontecimientos que se narran en el pasaje bíblico que estudiamos hoy tienen lugar durante la Semana Santa poco antes de la entrada de Jesús a Jerusalén. Jesús sabe que el poder de quienes se le oponen va en aumento, y que su muerte se acerca. Sus palabras interpretan la importancia de su muerte. También habla claramente acerca de la oposición. Al leer este pasaje, es necesario recordar que cuando el Evangelio de Juan fue escrito, había un fuerte conflicto entre los fariseos y los cristianos. Vemos en el pasaje que estudiamos hoy cómo las raíces de ese conflicto se manifiestan en las palabras mismas de Jesús.

Para el Evangelio de Juan, así como para todo el Nuevo Testamento, la atención se centra en quién es Jesús y por qué su muerte es importante y significativa. Su venida al mundo, que culmina en la cruz, es el momento decisivo de la historia. El modo en que las personas reaccionan ante Jesús, algunas de ellas creyendo en él y otras no, ya es en sí un juicio de Dios. Muestra si están dispuestas a andar en luz, o si han de continuar en las tinieblas.

Propósito de la lección:

El propósito de la lección de hoy es entender más claramente la importancia que tiene para

nosotros la muerte de Jesús. La respuesta más común, aunque demasiado sencilla, es que con su muerte Jesús pagó por nuestros pecados. Pero al estudiar el pasaje de hoy veremos que hay mucho más que decir al respecto.

Bosquejo de la lección:

1. El hecho de que quienes sirven a Dios y cumplen su voluntad tengan que sufrir parece oponerse a toda lógica humana. Sería de esperar que los buenos recibieran alguna recompensa, o alguna otra señal de la buena voluntad de Dios, y que los desobedientes recibieran castigo. Pero esta lección nos muestra que las recompensas que se reciben por ser fiel a Dios son muy diferentes de las que el mundo da.
2. Frecuentemente tenemos una noción demasiado estrecha de la importancia y propósito de la muerte de Jesús. Tenemos que ver otras dimensiones de la obra de Jesús para apreciar mejor lo que él ha alcanzado para nosotros.

Análisis de la Escritura:

vv. 23-26: “Ha llegado la hora”. Esto se refiere a la hora señalada para su muerte. No es por coincidencia que es también la hora de celebrar la pascua en Israel. Jesús ha venido a Jerusalén para esa festividad santa. De igual modo que la primera pascua en Egipto fue la ocasión en la que Dios libró a Israel de la servidumbre, así ahora, en esta otra pascua, el escenario está pronto para la gran liberación de la humanidad de su servidumbre al pecado y la muerte.

La muerte de Jesús, por extraño que nos parezca, es parte de su glorificación. Las palabras que Jesús pronuncia aquí son respuestas a la petición de unos griegos de ver a Jesús. También ellos están en Jerusalén para la pascua, y por lo tanto son griegos que o bien se han hecho judíos o están interesados en el judaísmo, aunque no son de la descendencia física de Abraham. Jesús responde que esta misma noticia de que algunos griegos quieren verle es señal de que la hora ha llegado. Luego, hay dos señales o momentos que se conjugan para indicar la hora del sacrificio de Jesús: la pascua de los judíos y la llegada de los gentiles.

La hora que ha llegado es la de su muerte. Esta muerte es necesaria para que él pueda darles vida a otras personas, de igual modo que un grano de trigo no se reproduce si antes no “muere” en el sentido de ser enterrado para que de él surja nueva vida. De igual modo, Jesús tiene que morir para que la vida abunde en la comunidad de sus seguidores. Lo que es más, lo que Jesús hace al entregar su propia vida por la de otras personas ha de servirnos de modelo de lo que sus seguidores también han de hacer. Empero hay una diferencia: Jesús entrega su vida para que sus seguidores puedan tener vida eterna, verdadera vida. Sus seguidores la entregan porque ya han recibido de Jesús este don de la vida eterna y verdadera, y entonces muestran que han recibido este gran don por el hecho mismo de estar dispuestos a entregar esta otra vida que no es eterna. En otras palabras, que nuestras acciones como seguidores suyos no son meras imitaciones de lo que él ha hecho sino también y sobre todo el resultado directo de ello. No podríamos entregar nuestras vidas si no hubiésemos recibido nueva vida de él; y esa nueva vida brota de su muerte en la cruz. De igual modo que Jesús es glorificado en el acto mismo de

entregar su vida, también nosotros somos honrados al entregar las nuestras. Nuestra honra es estar con Jesús, y a aquellos que están con el Hijo el Padre les glorifica.

vv. 27-28: Las palabras que leemos aquí se parecen mucho a las que se nos presentan en el Huerto de Getsemaní en los otros evangelios. Jesús sabe que su muerte se aproxima, y naturalmente hay temor y ansiedad ante ella. El texto no aclara lo que quiere decir eso de que su alma esté “turbada”, pero sí muestra claramente que Jesús es un ser humano y que la muerte a que se enfrenta es bien real. ¿Debería él entonces emplear su intimidad con Dios para tratar de evitar la muerte? No, porque esa muerte es la culminación, el propósito final para el cual vino. Su voluntad es hacer la voluntad del Padre, y por tanto lo que pide es que el Padre sea glorificado, lo cual en este contexto quiere decir que se haga la voluntad de Dios. La respuesta que viene del cielo es que ciertamente tal glorificación tendrá lugar. Esa respuesta es la aprobación divina a la acción de Jesús.

vv. 30-33: En los versículos que se omiten en el texto que estamos estudiando, resulta claro que la multitud no escuchó las palabras del cielo, sino sólo algún ruido cuyo sentido no estaba claro para ellos. Jesús dice que fue ciertamente una voz del cielo, pero no para consolarle a él, sino para que ellos creyesen. Ciertamente, todo lo que está teniendo lugar y lo que ha tenido lugar antes en el ministerio de Jesús tiene el propósito de que las gentes crean en él y alcancen así la vida eterna. El juicio se acerca al mundo, un juicio que se basa en quién ha creído y quién no. Su muerte significa que el poder del maligno bajo el cual el mundo actualmente vive ha sido

conquistado para quienes creen en Jesús. Su muerte es para beneficio de todo el mundo, y no solamente de los judíos. Su muerte atraerá a todos a él. Es por esto que la presencia de los griegos pidiendo verle resultó ser una señal de que su hora había llegado.

vv. 34-37: La multitud reacciona al anuncio de la muerte de Jesús diciendo que si verdaderamente fuera el Mesías no moriría. Él mismo se ha dado el título del “Hijo del Hombre” y por tanto ahora empiezan a preguntarse si en verdad puede ser él el Mesías esperado. Las preguntas que la multitud se plantea son ante todo si Jesús es verdaderamente el Mesías, y en ese caso por qué ha de morir. Las dos cosas parecen incompatibles. La respuesta de Jesús presenta de nuevo la imagen de la luz y las tinieblas, tan frecuente en el Evangelio de Juan. Si estas personas estuvieran verdaderamente en la luz, entenderían por qué su muerte es necesaria, y quién es él en verdad. Quienes andan en la luz, creen porque ven quién Jesús es. Quienes no lo ven no creen, y por lo tanto andan en tinieblas. La luz se encuentra en medio de ellos, y por lo tanto ahora se les ofrece la oportunidad de llegar a ser hijos e hijas de luz.

vv. 42-43: En los versículos entre la lección anterior y esta, parte de la respuesta de Jesús consiste en citar el famoso pasaje del siervo sufriente de Isaías 53, como prueba de que el Mesías puede verdaderamente sufrir y morir. Sus palabras logran persuadir a algunos, incluso algunos personajes importantes de entre la multitud. Pero no se atreven a declarar lo que creen por temor a que los fariseos, quienes son los que controlan las sinagogas, les expulsen de ellas. Esto probablemente refleja la situación de los lectores originales para quienes el Evangelio fue

escrito. La condenación está en que estas personas temerosas que quieren retener sus posiciones en las sinagogas están más interesadas en la gloria humana que en esa otra clase de gloria que Dios les da a los seguidores de Jesús.

Aplicación:

Desde nuestra perspectiva humana, parece justo que quienes hacen el bien sufran menos que quienes hacen el mal. Ciertamente, tal sería el caso si viviéramos sencillamente en la buena creación de Dios, dirigida por un Dios justo y amante y sin oposición alguna. A nuestros hijos e hijas les enseñamos que sus vidas serán mejores si hacen lo que deben, y que si hacen lo que no deben sufrirán a consecuencia de ello. Sin lugar a dudas, hay una gran medida de verdad en tal enseñanza. Quienes quiebran la ley pueden acabar en la cárcel; quienes abusan de las drogas pueden llevar una vida de dolor y miseria. Quienes faltan a la ética en sus relaciones pueden quedar apartados de su familia y amigos. Pero esto es sólo una cara de la moneda.

También es posible que quienes hacen el bien acaben en la cárcel. Y es igualmente posible que quienes son escrupulosamente morales y cuidadosos en sus relaciones con otras personas queden aislados de sus amigos y familia. Piense por ejemplo en quienes han alzado la voz de alarma en asuntos que competen a la salud pública, informando acerca de la contaminación por parte de alguna industria, o de otras operaciones ilegales que resultan peligrosas. Quizá el público no quiera escuchar lo que dicen, porque requeriría cambios que afectarían su situación económica. El resultado entonces es que persiguen a la persona justa que dio la voz de alarma.

O piense de quienes les informan a las autoridades de que se abusa de algún niño, y al hacerlo reciben en recompensa la ira de otros miembros de la familia. O considere el caso de quienes adoptan una postura justa pero impopular respecto a cuestiones sociales y económicas, y en consecuencia son perseguidos. No se trata aquí de personas que se creen más santas que nadie y que por esa actitud crean problemas, sino de quienes aun con el mayor cuidado de las relaciones humanas sienten que hay una diferencia entre el bien y el mal, y por tanto denuncian o atacan el mal. Es por ello que hay padres que les advierten a sus hijos e hijas que no adopten posturas impopulares, lo cual podría causarles problemas, y que no se muestren demasiado firmes en su apoyo a causas justas, cuando ese apoyo puede colocarles en conflicto con el resto de la sociedad, porque se les vea como una amenaza.

Lo que estos ejemplos muestran es que la relación entre hacer la voluntad de Dios, justa y verdadera, y la felicidad en la tierra, no es directa. No vivimos sencillamente en la buena creación de Dios, sino también en un mundo que ha caído bajo el dominio del pecado. Sigue siendo de Dios, pero no le obedece en todo. En tiempos de Jesús muchas personas pensaban que el Mesías, por cumplir absolutamente la voluntad de Dios, se vería libre del sufrimiento. Jesús muestra que la principal tarea del Mesías es vencer el poder del mal, y por tanto estar dispuesto a sufrir hasta la muerte de ser necesario.

Esto no quiere decir que la vida de obediencia no tenga sus recompensas. Estas recompensas, empero, son muy distintas de las que el mundo cuenta como señales de éxito. La recompensa

final es la vida verdadera y eterna, que comienza desde ahora. En esta vida, hay un gozo, paz y seguridad que no pueden obtenerse de ningún otro modo.

La mayoría de nosotros nos hemos formado en tradiciones en las que se subraya la muerte de Jesús como paga por el pecado. Puesto que hemos pecado, estamos condenados a muerte. Pero la fe en Jesús hace que su muerte cuente en beneficio nuestro, de tal modo que la paga por el pecado ya ha tenido lugar, y por lo tanto ante los ojos de Dios es como si no hubiésemos pecado.

Este modo de entender la obra de Jesús tiene una fuerte base escrituraria. Pero hay muchos pasajes en la Escritura, incluso el que estamos estudiando, que no encajan dentro de esta perspectiva. En el versículo 31, Jesús dice que la hora de su muerte, el tiempo de su glorificación, es también el momento en que “el príncipe de este mundo será echado fuera”. Este mundo vive bajo el poder del pecado, la muerte y el mal. Si ese poder es echado fuera, entonces el mundo puede empezar a vivir en santidad y vida eterna.

Este modo de entender la muerte de Jesús, como el momento de la derrota del poder del mal bajo el cual este mundo ha estado cautivo, es muy importante en el Nuevo Testamento. Desde esta perspectiva, la resurrección de Jesús es señal de su victoria sobre la muerte y el pecado. Entonces el énfasis no cae en el modo en que Jesús muere por nosotros, sino más bien en el modo en que su muerte conquista a la muerte misma. Esto quiere decir que la fe en Jesús es la

convicción de que esos poderes del maligno ya no tienen dominio sobre el mundo, aunque desde un punto de vista humano parezcan ser todavía bien fuerte y nada parezca haber cambiado. Es como si el mundo hubiese estado cautivo e invadido por una fuerza enemiga, y ahora recibimos noticias de que ha tenido lugar una gran batalla. El enemigo ha sido verdaderamente derrotado, aunque todavía no se ha rendido de manera oficial y pública. Quienes reciben las noticias de esa gran victoria viven ahora a partir de esa verdad, sabiendo que el futuro le mostrará a todo el resto que el enemigo ha sido verdaderamente derrotado. Por tanto, quienes creen la gran noticia comienzan a vivir desde ahora en base a esa victoria que el resto no conoce. Esas otras personas que no creen pueden considerarles necios, personas que toman riesgos indebidos, puesto que ya no obedecen los mandatos del príncipe de este mundo.

No es necesario escoger uno u otro de estos modos de entender el significado de la cruz. La muerte de Jesús se encuentra en el centro mismo del evangelio, y no es posible reducir su importancia a una fórmula única. Pero sí es bueno tener estas diversas perspectivas para entender más plenamente lo que la Biblia nos dice acerca del significado e impacto de la muerte de Jesús.

¿Cree usted que Jesús ha vencido los poderes del mal? Si lo cree, ¿cómo se manifiesta esta convicción en su vida cotidiana? ¿En qué puntos su conducta muestra que usted cree que quien en realidad gobierna no es el “príncipe de este mundo”?

Recomendaciones educativas:

1. Escriba sobre la pizarra o en un papel grande: “a quienes tienen fe, Dios les resuelve sus problemas y les evita sufrimientos”. Pregúntele a la clase si creen que lo que usted ha escrito es verdad o no. Si le parece apropiado, puede dirigir un breve debate, en el que dos personas traten de defender la respuesta positiva, y otras dos la negativa. Una vez que haya tenido lugar esa discusión, pídale a la clase que lea el pasaje, y que comparen la pregunta que nos hemos planteado, con la que se hacía aquella multitud acerca del sufrimiento de Jesús.
2. Un modo alternativo de discutir esta cuestión puede ser leer con la clase el Salmo 73:14 al empezar la clase. Luego, después de la primera sección de la “aplicación”, puede leerse el resto del Salmo. Pregúntele a la clase en qué modo ese Salmo ilumina la situación de Jesús al anunciar su muerte, y en qué modo ilumina nuestra situación ante las dificultades de la vida.
3. Pídale a la clase que exprese lo que la muerte de Jesús significa para nosotros, es decir lo que Jesús ha logrado para nosotros mediante la cruz. Anote las respuestas, con una o dos palabras para recordar cada una de ellas. Después de estudiar el segundo punto de la “aplicación”, vuelva a la lista que la clase hizo, y pregunte si deberíamos añadir alguna otra cosa.

Resumen:

La muerte de Jesús el Mesías es parte esencial de su obra. Su muerte es lo que hace que la vida

eterna sea posible. La razón de esto es que la muerte de Jesús es la culminación del plan divino para derrotar a los poderes de la muerte y del pecado bajo los cuales el mundo vive. Su muerte es un acto injusto, pero tal es el mundo en el cual vivimos: un mundo en el cual las personas justas frecuentemente sufren y las pecaminosas prosperan. La muerte de Jesús nos dice que el mundo que Dios desea, donde ya el mal no triunfa y el bien recibe recompensa, ha amanecido para quienes creen, aunque todavía el resto de la humanidad no lo vea.

Oración:

Dios nuestro, con demasiada frecuencia tratamos de combinar el seguir tu voluntad con las recompensas de este mundo. Fortalece nuestra fe en tu Hijo, de tal modo que podamos vivir desde ahora a partir de ese reino futuro que en su muerte y resurrección tú has garantizado. Permite que mediante tu Espíritu recibamos el gozo y la paz que vienen a quienes tratan de hacer tu voluntad. Por Cristo nuestro Señor. Amén.

